

1

Los pasillos del instituto Del Norte hervían con el caos del primer día de clase y, mientras Laurel se abría paso entre un grupo de alumnos de segundo, localizó la espalda ancha de David. Lo abrazó por la cintura y pegó la mejilla a la suave camiseta.

—Hola —dijo David, mientras la abrazaba.

Laurel acababa de cerrar los ojos y se preparaba para saborear aquel instante cuando Chelsea apareció y los abrazó a los dos.

—¿Os lo podéis creer? ¡Por fin estamos en cuarto!

Laurel se rió mientras su amiga los soltaba. Viniendo de ella, la pregunta no era exactamente retórica; en algunos momentos, había tenido serias dudas de que llegaran vivos al final de tercero.

Cuando David se volvió hacia la taquilla, Chelsea abrió la mochila y sacó la lista de lecturas de verano de la señora Cain. Laurel reprimió una sonrisa; se había pasado todo el verano, o más, preocupada por la lista de lecturas optativas.

—Empiezo a creer que todo el mundo ha leído *Orgullo y prejuicio* —dijo Chelsea mientras le ofrecía el papel a Laurel—. Sabía que tendría que haber leído *Persuasión*.

—Yo no he leído *Orgullo y prejuicio* —replicó Laurel.

—Ya, bueno, has estado un poco ocupada leyendo *Usos comunes del helecho* o alguna cosa así. —Chelsea se acercó a

ella para poder susurrarle al oído—: O *Siete costumbres de las Mezcladoras más eficientes* —añadió, entre risas.

—*Cómo obtener frondas e influir en los álamos* —sugirió David con las cejas arqueadas. De repente, irguió la espalda, sonrió y habló un poco más alto—. Eh, Ryan —dijo, estirando el puño cerrado.

Ryan también extendió el puño y chocaron, y luego se volvió para acariciar los brazos de Chelsea.

—¿Cómo está la chica de cuarto más guapa? —preguntó, provocando que ella se riera y se levantara de puntillas para recibir un beso.

Laurel suspiró, buscó la mano de David y se reclinó en él. Apenas hacía una semana que había regresado de la Academia de Ávalon y había echado mucho de menos a sus amigos; incluso más que el año pasado aunque su profesor, Yeardley, normalmente la mantenía demasiado ocupada para pensar en la añoranza. Había conseguido dominar varias pociones y estaba practicando varias más. El arte de mezclar también le resultaba cada vez más natural; estaba empezando a conocer hierbas y esencias distintas y cómo deberían funcionar juntas. Todavía no sabía lo suficiente como para volar sola, como su amiga Katya, que ya había empezado a investigar pociones nuevas, pero estaba muy orgullosa de sus progresos, y muy contenta de volver a estar en Crescent City, donde todo era normal y no se sentía tan sola. Levantó la cabeza y sonrió a David mientras él cerraba la taquilla y la abrazaba. Era increíblemente injusto que sólo tuvieran una clase juntos este año y, a pesar de haber pasado la última semana con él, Laurel intentó exprimir al máximo los instantes previos a que sonara el timbre.

Casi no se dio cuenta del pequeño hormigueo que la hizo querer darse la vuelta y mirar hacia atrás.

¿La estaban vigilando?

Con más curiosidad que miedo, fingió echarse el pelo

rubio hacia atrás y aprovechó para mirar. Enseguida localizó a quien la estaba observando y contuvo el aliento cuando su mirada se topó con un par de ojos verdes.

No tenían que ser verde pálidos. Tenían que ser de color verde esmeralda, a juego con el pelo, un pelo que ahora era negro, corto y lleno de gomina para aparentar un aire desenfadado. En lugar de la túnica y los pantalones, llevaba vaqueros y una camiseta negra que, por muy bien que le quedaran, tenían que darle mucho calor.

Y llevaba zapatos. Casi nunca había visto a Tamani con zapatos.

Verde pálido o verde esmeralda, Laurel conocía esos ojos; unos ojos que aparecían en sus sueños, que conocía tan bien como los suyos propios, o los de sus padres. O los de David.

En cuanto sus miradas se cruzaron, los meses que habían pasado desde la última vez que lo había visto se convirtieron en un instante. El invierno pasado, en un momento de furia, le había dicho que se marchara, y él lo había hecho. Laurel no sabía dónde, ni durante cuánto tiempo, o si volvería a verlo algún día. Después de casi un año, ya casi se había acostumbrado al dolor que notaba en el pecho cada vez que pensaba en él. Pero, de repente, estaba allí y lo tenía tan cerca que casi podía tocarlo.

Laurel miró a David, pero él no la estaba mirando. También había reconocido a Tamani.

—Vaya —dijo Chelsea por encima del hombro de Laurel, obligándola a volver a la realidad—. ¿Quién es el nuevo que está cañón? —Su novio, Ryan, tosió—. ¿Qué? Está bueno. No soy ciega —añadió la chica, como si nada.

Laurel seguía sin poder decir nada y la mirada de Tamani se deslizó hasta David y luego volvió a ella. Se le acumularon miles de preguntas. «¿Por qué está aquí? ¿Por qué va vestido así? ¿Por qué no me ha dicho que venía?» Casi no

notó cómo David le apartaba los dedos de la camiseta y la agarraba de la mano, que, de repente, estaba congelada.

—Seguro que son los de intercambio —dijo Ryan—. Mira cómo los está paseando el señor Robison.

—Quizá sí —respondió Chelsea.

El señor Robison dijo algo a los tres estudiantes que lo acompañaban por los pasillos del instituto y Tamani volvió la cabeza, de modo que Laurel ya ni siquiera lo veía de perfil. Como si la hubieran liberado de un hechizo, dejó caer la mirada hasta el suelo.

David le apretó la mano y ella levantó la cabeza.

—¿Es quien creo que es?

Ella asintió, porque todavía no podía hablar; a pesar de que David y Tamani sólo se habían visto dos veces, ambas ocasiones habían sido... memorables. Cuando David volvió a mirar al chico, Laurel también lo hizo.

El otro muchacho del grupo parecía avergonzado y la chica le estaba contando algo en un idioma extranjero. El señor Robison asintió satisfecho.

Ryan se cruzó de brazos y sonrió.

—¿Veis? Ya os lo dije. Son los estudiantes de intercambio.

Tamani iba pasando el peso de la mochila negra de un hombro a otro mientras parecía aburrido. Parecía humano. Aquello era casi tan desconcertante como tenerlo allí. Y entonces volvió a mirarla, aunque esta vez de forma más disimulada, escondiéndose detrás de las oscuras pestañas.

Laurel tuvo que hacer un esfuerzo por volver a respirar. No sabía qué pensar. No creía que lo hubieran enviado allí desde Ávalon sin motivo y no se lo imaginaba abandonando su puesto.

—¿Estás bien? —le preguntó Chelsea, que se colocó a su lado—. Estás un poco rara.

Antes de poder evitarlo, Laurel deslizó la mirada hasta Tamani y Chelsea captó el movimiento.

—Es Tamani —dijo Laurel, con la esperanza de que su voz no reflejara el alivio, y el pánico, que sentía.

Y debió de lograrlo, porque Chelsea la miró con incredulidad.

—¿El tío bueno? —susurró.

Laurel asintió.

—¿En serio? —exclamó Chelsea, pero Laurel la hizo callar con un gesto seco y miró a Tamani con disimulo para comprobar si la había visto. Y, a juzgar por su sonrisa, supo que sí.

Y entonces los estudiantes de intercambio se alejaron por el pasillo tras los pasos del señor Robison. Antes de desaparecer por la esquina, Tamani se volvió hacia Laurel y le guiñó un ojo. Ella dio mil gracias, y no era la primera vez, por su incapacidad de sonrojarse.

Se volvió hacia David. La estaba mirando con los ojos llenos de preguntas.

Laurel suspiró y levantó las manos.

—No he tenido nada que ver con todo esto.

—Es algo bueno, ¿no? —preguntó David cuando consiguieron deshacerse de Chelsea y de Ryan y estaban delante del aula de la primera clase de Laurel. Ella no recordaba la última vez que el timbre de aviso de último minuto la había puesta tan nerviosa—. Bueno, creías que jamás volverías a verlo, y aquí está.

—Estoy contenta de haberlo visto —replicó ella en voz baja mientras lo abrazaba por la cintura—, pero también tengo miedo de lo que pueda implicar. Para nosotros. No para nosotros dos como pareja —corrigió Laurel, intentando suavizar la sensación de incomodidad que se había instalado entre ellos—. Sólo puede significar que estamos en peligro, ¿no?

David asintió.

—Intento no pensar en eso. Tarde o temprano nos lo contará, ¿no crees?

Laurel levantó la cabeza con una ceja arqueada y, al cabo de un instante, los dos se echaron a reír.

—Supongo que no deberíamos contar con ello. —David le tomó la mano derecha, se la llevó a los labios y observó la pulsera de plata y cristal que le regaló hacía casi dos años, cuando empezaron a salir—. Me gusta que la sigas llevando.

—Cada día —respondió Laurel.

Mientras se decía que ojalá tuvieran más tiempo para hablar, se acercó a David para darle un último beso y entró corriendo a la clase de Gobierno y se sentó en el último pupitre, junto a las ventanas. Eran pequeñas, pero así podría aprovechar al máximo la luz del sol.

Cuando la señora Harms les entregó el temario y empezó a hablar de los requisitos de la asignatura, Laurel desconectó; era fácil hacerlo, sobre todo ante la repentina aparición de Tamani. ¿Por qué estaba allí? Si ella corría algún tipo de peligro, ¿de qué podría tratarse? No había visto ningún trol desde que dejaron a Barnes en el faro. ¿Era posible que tuviera algo que ver con Klea, la misteriosa cazadora de troles que lo había matado? A ella tampoco la habían visto últimamente. Por lo que Laurel sabía, Klea se había ido a cazar a otras tierras. Puede que aquello fuera consecuencia de otra crisis totalmente distinta.

Sin embargo, David tenía razón: Laurel se alegraba de ver a Tamani. Mucho. Su presencia la tranquilizaba. ¡Y le había guiñado un ojo! Como si los últimos ocho meses no hubieran existido. Como si él no se hubiera marchado nunca. Como si ella no hubiera ido a despedirse. Empezó a recordar los breves instantes que pasó entre sus brazos y la suavidad de sus labios en los escasos momentos en que había perdido el control. Los recuerdos eran tan vivos que se acarició los labios.

De repente, la puerta del aula se abrió y Laurel volvió a la realidad. El señor Robison entró y, detrás de él, apareció Tamani.

—Lamento la interrupción —dijo el director—. ¿Chicos? ¿Chicas? —Laurel odiaba cómo los adultos podían combinar dos palabras tan comunes en una frase tan condescendiente—. Quizá ya habéis oído que tenemos algunos estudiantes de intercambio que han venido de Japón. Tamani no forma parte del programa de intercambio, pero acaba de llegar de Escocia. —Laurel se quedó boquiabierta, porque el director había utilizado el nombre de pila de Tamani—. Espero que lo tratéis con la misma cordialidad que siempre habéis demostrado con los demás estudiantes de intercambio. ¿Tam? ¿Por qué no nos cuentas algo sobre ti?

El señor Robison le dio una palmadita en el hombro con la mano. Tamani miró al director un segundo y Laurel se imaginó cómo le habría gustado responder, pero la irritación desapareció de su gesto y ella estaba segura de que nadie más se había fijado. Tamani dibujó una sonrisa torcida y se encogió de hombros.

—Me llamo Tam Collins.

La mitad de las chicas de la clase suspiraron ante su delicioso acento.

—Soy de Escocia. De las afueras de Perth. No el Perth de Australia y... —hizo una pausa, como si estuviera intentando recordar algo sobre sí mismo que a los demás estudiantes les pudiera resultar interesante.

A Laurel se le ocurrían varias cosas.

—Vivo con mi tío. Vivo con él desde pequeño. —Se volvió y sonrió a la profesora—. Y no sé nada sobre el Gobierno —dijo, riéndose—. Al menos, sobre este.

Se había ganado a toda la clase. Los chicos asentían, las chicas estaban muy alteradas e incluso la señora Harms estaba sonriendo. Y ni siquiera les había lanzado un hechizo.

Laurel estuvo a punto de gruñir en voz alta ante los problemas que aquella situación podía provocar.

—Bueno, escoge un pupitre —le dijo la señora Harms, mientras le entregaba un libro de texto—. Acabamos de empezar.

Había tres pupitres libres en la clase y casi todo el mundo inició una campaña silenciosa para que Tamani escogiera el que les quedaba más cerca. Nadia, una de las chicas más guapas de la clase, fue la más atrevida. Descruzó y volvió a cruzar las piernas, se echó la melena de color castaño hacia atrás y se inclinó hacia delante para acariciar el respaldo de la silla vacía que tenía delante. Tamani sonrió, casi disculpándose, y avanzó por el pasillo hasta una chica que apenas había levantado la mirada del libro en todo el rato.

El pupitre que estaba al lado de Laurel.

Cuando la señora Harms prosiguió con las lecturas diarias, Laurel se reclinó en la silla y miró a Tamani. No se molestó en disimular; todas las chicas de la clase estaban haciendo lo mismo. Era una locura estar sentada en silencio a medio metro de él mientras se le acumulaban las preguntas. Algunas eran racionales, aunque la mayoría no.

Cuando sonó el timbre, a Laurel le daba vueltas la cabeza. Aquella era su oportunidad. Quería hacer muchas cosas: gritarle, darle una bofetada, besarlo, agarrarlo por los hombros y sacudirlo. Pero, más que cualquier otra cosa, quería abrazarlo; aferrarse a su pecho y confesarle lo mucho que lo había echado de menos. Eso se podía hacer con un amigo, ¿no?

¿Aunque no era por eso mismo que se había enfadado tanto, hasta el punto de decirle que se marchara? Para Tamani, nunca era un abrazo amistoso. Siempre quería más. Y por muy halagadoras que fueran su insistencia y pasión, la forma como trataba a David, como si fuera un enemigo que

debía destruir, era menos atractiva. Alejarse de él le había partido el corazón y no estaba segura de poder volver a hacerlo.

Se levantó muy despacio y lo miró con la boca seca. Después de colgarse la mochila en el hombro, él se volvió y la miró. Laurel abrió la boca para decir algo, pero él sonrió y le ofreció la mano.

—Hola —dijo, casi demasiado contento—. Parece que seremos compañeros de pupitre. Quiero presentarme. Soy Tam.

Encajaron las manos y las movieron arriba y abajo, pero sólo lo hacía Tamani; Laurel no controlaba su brazo. Ella se quedó callada unos segundos hasta que él intensificó la mirada y la clavó en sus ojos.

—¡Oh! —exclamó ella—. Soy Laurel. Laurel Sewell. Un placer. —¿«Un placer»? ¿Desde cuándo decía «Un placer»? ¿Y por qué Tamani le estaba sacudiendo la mano como un comercial pesado?

Él sacó un horario del bolsillo de la mochila.

—Ahora tengo inglés con la señora Cain. ¿Te importa enseñarme dónde está la clase?

¿Lo que Laurel estaba sintiendo en esos instantes era alivio por no compartir la segunda clase del día con él o era decepción?

—Claro —respondió ella, con una sonrisa—. Está al final del pasillo. —Recogió sus cosas despacio, esperando a que la clase se vaciara. Después se acercó a Tamani—. ¿Qué haces aquí?

—¿Te alegras de verme?

Ella asintió y sonrió.

Él le devolvió la sonrisa y el alivio le iluminó la cara. Laurel se tranquilizó al comprobar que él tampoco las tenía todas consigo.

—¿Por qué...?

Tamani agitó la cabeza ligeramente y señaló hacia el pasillo. Cuando Laurel estaba a punto de salir, él la agarró por el codo y la detuvo.

—¿Nos vemos en el bosque de detrás de tu casa después de clase? —le preguntó—. Te lo contaré todo. —Se detuvo y, con una velocidad poco natural, levantó una mano para acariciarle una mejilla. Laurel apenas lo notó, porque enseguida guardó las manos en los bolsillos y salió hacia el pasillo.

—Tama... ¿Tam? —gritó ella, corriendo tras él—. Te enseñaré tu clase.

Él sonrió y soltó una carcajada.

—Venga ya —respondió él en voz tan baja que Laurel casi no lo oyó—. ¿Crees que no me he preparado? Conozco este instituto mejor que tú. —Y, con un guiño, se marchó.

—¡Dios mío! —exclamó Chelsea, mientras asaltaba a Laurel por detrás y prácticamente la separaba de la mano de David. Se colocó justo delante de Laurel—. ¡El duendecillo va a mi clase de inglés! Rápido, antes de que llegue Ryan. ¡Tienes que contármelo todo!

—¡Chis! —dijo Laurel, mientras miraba a su alrededor. Pero nadie la había oído.

—Está buenísimo —dijo—. Y todas las chicas lo estaban mirando. Ah, y el chico japonés va a mi clase de cálculo a pesar de que sólo tiene quince años. ¿Cuándo creéis que las escuelas de este país van a entender que ahí fuera hay una economía global? —preguntó. Entonces se detuvo y abrió los ojos como platos—. Espero que no altere demasiado la media de las notas.

David puso los ojos en blanco mientras sonreía.

—Eso es exactamente lo que todos piensan sobre ti —comentó.

—Mira —replicó Laurel, mientras se acercaba a Chelsea un poco más—. Todavía no sé nada; tengo que hablar con él, ¿vale?

—Pero me lo contarás todo, ¿verdad? —preguntó su amiga.

—Siempre lo hago —respondió en tono jocoso.

—¿Esta noche?

—Ya veremos —dijo Laurel, que le dio la vuelta y la lanzó hacia Ryan—. ¡Vete!

Chelsea se volvió y le sacó la lengua antes de acurrucarse debajo del brazo de su novio.

Laurel meneó la cabeza y se volvió hacia David.

—Una clase juntos no es suficiente —se quejó, con voz burlona—. ¿De quién ha sido la idea?

—Mía no, te lo aseguro —respondió David. Entraron en el aula y se sentaron en un par de pupitres cerca del fondo.

Después de los acontecimientos del día, a Laurel no debería haberla sorprendido ver entrar a Tamani a la clase de Discurso Oral, con David y con ella. Cuando entró, David se tensó, pero se relajó cuando vio que el antiguo centinela de Laurel se sentaba en un pupitre de las primeras filas.

Iba a ser un trimestre muy largo.

2

Laurel suspiró y dejó la mochila en el mármol de la cocina. Se detuvo frente a la nevera para quedarse mirando el contenido, y luego se enfadó consigo misma ante las tácticas tan obvias para ganar tiempo. Al final, eligió una nectarina antes de cerrar la nevera, aunque sólo fuera para justificar el rato que había pasado ahí delante.

Se acercó a la puerta de atrás y miró, como solía hacer a menudo, hacia los árboles que había detrás de su casa, mientras buscaba alguna señal de las hadas que ahora vivían allí de forma permanente. A veces hablaba con ellas. Incluso a veces les entregaba pociones defensivas y polvos. No sabía si los centinelas lo utilizaban, pero, al menos, no los rechazaban. Era muy gratificante sentir que estaba ayudando, sobre todo teniendo en cuenta que tener que vigilar su casa les había desmontado la vida.

Sin embargo, ante la absoluta inactividad de los troles desde el año pasado, ya no parecía necesario. Una parte de ella quería sugerir que se marcharan a casa, pero sabía que era imposible. Jamison le había advertido que los troles preferían atacar cuando su presa era más vulnerable y, por experiencia, sabía que esas palabras eran ciertas. Aunque no le hiciera mucha gracia, lo más seguro era que los centinelas se quedaran allí. Al menos, por ahora.

Laurel abrió la puerta de la cocina y se dirigió hacia los

árboles. No sabía exactamente dónde se suponía que tenía que encontrarse con Tamani, pero estaba segura de que él daría con ella, como siempre. Se detuvo en seco cuando, al rodear un enorme roble, lo vio quitarse un zapato con un gesto violento. Estaba de espaldas y ya se había quitado la camisa; Laurel no pudo evitar quedárselo mirando. El sol que se filtraba entre las copas de los árboles le iluminaba la piel oscura de la espalda, más oscura que la de David, mientras estaba agachado peleándose con el cordón de la zapatilla. Entre refunfuños, consiguió deshacérselo y lanzó la zapatilla contra el tronco de un ciprés que había cerca.

Tamani relajó los hombros y suspiró como si, en lugar de unos zapatos, se hubiera quitado unos grilletes. A pesar de que era un poco bajo para los estándares humanos, tenía los brazos largos y delgados. Se estiró y los levantó. Los hombros eran la parte ancha de un esbelto triángulo que se estrechaba hasta las caderas, de donde colgaban los vaqueros. Los ángulos de la espalda dibujaban sombras extrañas bajo la luz solar y, por un momento, Laurel se alegró de poder verlo disfrutar de aquellos nutritivos rayos de sol. Sabía que debería decir algo para anunciar su presencia, pero no lo hizo.

Cuando Tamani agarró la cinturilla de los vaqueros y levantó la cara hacia el cielo, Laurel se dio cuenta de que debía revelar su presencia antes de que se quitara más ropa. Se aclaró la garganta.

El sol brillaba a través del pelo de Tamani cuando se volvió, visiblemente tenso.

—Eres tú —dijo, aliviado. Y, entonces, dibujó una mirada extraña—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No mucho —respondió ella enseguida.

—¿Un minuto? —insistió él—. ¿Dos?

—Eh..., supongo que uno.

Tamani meneó la cabeza.

—Y no he oído nada. Maldita ropa de humanos. —Se sentó encima de un tronco que había en el suelo y empezó a quitarse un calcetín—. ¡Es incómoda y, encima, ruidosa! ¿Y qué pasa con ese colegio? Parece una catacumba.

Laurel sonrió. Después de su primer día en el instituto Del Norte, le había dicho exactamente lo mismo a su madre.

—Ya te acostumbrarás —le dijo mientras le ofrecía la nectarina—. Cómete esto. Te sentirás mejor.

Tamani aceptó la pieza de fruta y le rozó los dedos con las manos.

—Gracias —respondió él con calma. Dudó unos segundos, pero enseguida se lanzó y le dio un buen mordisco—. Me he estado entrenando para esto. ¡Te lo juro! Pero nunca me hicieron estar en el interior de un edificio tantas horas seguidas. Estaba tan preocupado por aprender vuestra cultura que ni siquiera me paré a pensar en las consecuencias de estar tanto tiempo encerrado.

—Si te sientas al lado de la ventana, te sentirás mejor —le sugirió Laurel—. Yo lo aprendí a la fuerza.

—¿Y quién es el listo que ha inventado los vaqueros? —insistió Tamani, furioso—. La tela es dura y abrasadora. ¿Me dices en serio que la especie que ha inventado Internet no ha sabido dar con una tela mejor que la de los vaqueros? ¡Venga ya!

—Has dicho «Internet» —respondió Laurel, riéndose—. Eso sí que es raro.

Tamani también se rió y dio otro mordisco a la nectarina.

—Tenías razón —dijo él, agradecido, enseñándole la fruta—. Esto ayuda mucho.

Laurel se acercó y se sentó en el tronco, al lado de Tamani. Estaban tan cerca que podían tocarse y, sin embargo, parecía que entre ellos se levantaba un muro de granito.

—¿Tamani?

Él se volvió hacia ella, pero no dijo nada.

No estaba segura de si sería un error, pero Laurel sonrió, se inclinó y lo abrazó.

—Hola —le susurró al oído.

Él también la abrazó. Ella intentó separarse, pero él la apretó todavía más, suplicándole con las manos que no lo hiciera. Laurel no se resistió, porque descubrió que no quería dejar de abrazarlo. Al cabo de unos segundos, Tamani la soltó, aunque a regañadientes.

—Hola —dijo.

Laurel miró aquellos ojos verde claro y se llevó una gran decepción al comprobar que ese color seguía molestandola. En realidad, no eran distintos; seguían siendo los ojos de Tamani. Pero aquel color nuevo le molestaba de una forma irracional.

—Mira —dijo Tamani, muy despacio—. Siento mucho que esto te haya pillado totalmente desprevenida.

—Podrías habérmelo dicho.

—¿Y qué me habrías respondido? —preguntó él.

Laurel se dispuso a decir algo, pero enseguida se contuvo y sonrió con culpabilidad.

—Me habrías dicho que no viniera, ¿verdad? —insistió Tamani.

Ella se limitó a arquear una ceja.

—Entonces no podía decírtelo —añadió él, encogiéndose de hombros.

Laurel alargó la mano, arrancó un helecho del suelo y empezó a romperlo en trozos pequeños.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. Shar no ha querido decírmelo.

—Casi todo el tiempo, en Escocia, como he dicho en la clase.

—¿Por qué?

Ahora fue él quien sonrió con culpabilidad.

—Me estaba entrenando.

—¿Para qué?

—Para venir aquí.

—¿Todo este tiempo? —preguntó Laurel con un hilo de voz.

Tamani asintió.

Laurel intentó ignorar el dolor que le invadió el pecho.

—¿Todo este tiempo sabías que ibas a volver y de todos modos te marchaste sin despedirte? —Esperaba que Tamani estuviera avergonzado o, como mínimo, que se disculpara. Pero no lo hizo. De hecho, la miró fijamente sin parpadear.

—¿Cuál era la otra opción? ¿Quedarme aquí esperando a que vinieras a decirme en persona que escogías a David y no a mí y que ya no aparecerías más por aquí?

Ella apartó la mirada y la culpa desplazó los sentimientos heridos.

—¿De qué me habría servido eso? Tú seguro que te habrías sentido mejor, incluso como una heroína, y yo habría parecido el tonto que se va a la otra punta del mundo a curarse del desengaño amoroso. —Hizo una pausa, dio un mordisco a la nectarina y masticó pensativo unos segundos—. En lugar de eso, tú tuviste que soportar el peso de tus decisiones y yo pude conservar mi orgullo intacto. Bueno, un poco —añadió—, puesto que, a pesar de todo, igualmente tuve que ir a la otra punta del mundo y curarme del desengaño amoroso. Seguramente mi madre diría: «Misma fruta, distinta rama».

Laurel no estaba segura de haber entendido la expresión. Incluso después de dos veranos en Ávalon, seguía desconociendo gran parte de la cultura de las hadas. Pero conocía lo esencial.

—Lo hecho, hecho está —dijo Tamani mientras se terminaba la nectarina—. Y sugiero que no nos lamamos más

las heridas. —Se concentró un segundo antes de lanzar el hueso con fuerza hacia los árboles.

Se oyó un gruñido.

—¡Por los ojos de Hécate, Tamani! ¿Era realmente necesario?

Tamani sonrió cuando un centinela alto y con el pelo corto apareció entre los árboles, frotándose el brazo.

—Estabas espiándonos —replicó con tono jocoso.

—He intentado dejarte un poco de intimidad, pero me dijiste que me reuniera aquí contigo.

Tamani abrió las manos en gesto de rendición.

—Tienes razón. ¿Quién más vendrá?

—Los demás están vigilando la casa; no hay ningún motivo para que vengan.

—Fantástico —dijo Tamani mientras erguía la espalda—. Laurel, ¿conoces a Aaron?

—Lo he visto varias veces —respondió ella, saludando al centinela con una sonrisa. «Varias» seguramente era una exageración, pero estaba convencida de que se habían visto una o dos veces. El invierno pasado había intentado salir y hablar con los centinelas... Ser amigos. Pero ellos siempre se doblaban por la cintura, algo que ella detestaba, y no decían nada. Sin embargo, Aaron le sonaba.

Y, lo más importante, no la corrigió. Se limitó a asentir, casi con una reverencia, y se volvió hacia Tamani.

—No he venido en calidad de centinela normal —comentó Tamani a Laurel—. He venido a ser lo que se supone que siempre debí ser: *Fear-gleidhidh*.

Laurel tardó unos segundos en recordar la palabra. El otoño pasado, Tamani le había explicado que significaba «escolta», y se parecía a la palabra que las hadas de invierno utilizaban para referirse a sus guardaespaldas. Pero la relación con un *Fear-gleidhidh* era más... personal.

—El año pasado corrimos demasiados riesgos —conti-

nuó Tamani—. Para nosotros, es muy complicado vigilarte mientras estás en el instituto o protegerte bien en lugares con mucha gente. Así que fui al Manor para recibir un entrenamiento avanzado. No puedo camuflarme tan bien como tú entre los humanos, pero sí lo suficiente como para estar cerca de ti en cualquier situación.

—¿Era realmente necesario? —preguntó Laurel.

Los dos duendes la miraron fijamente.

—No ha habido ni rastro de troles, ni de cualquier otra cosa, desde hace meses.

Los dos centinelas se miraron y Laurel sintió una punzada de miedo al descubrir que había algo que no le habían dicho.

—Eso no es... exactamente así —dijo Aaron.

—Ha habido rastro de troles —añadió Tamani mientras volvía a sentarse en el tronco—. Aunque no nos hemos encontrado con ninguno.

—¿Y eso es malo? —preguntó Laurel, que seguía creyendo que no ver a ningún trol era una buena señal.

—Mucho —respondió Tamani—. Hemos visto huellas, cadáveres ensangrentados de animales, incluso alguna hoguera extinguida. Sin embargo, los centinelas han utilizado todo lo que se utiliza en las puertas, como sueros de seguimiento y trampas presenciales, y nadie ha visto a ningún trol. Por lo visto, los métodos probados hasta ahora no están ayudando a encontrar a los troles que sabemos que están ahí fuera.

—¿Y no es posible que sean... rastros antiguos? No sé, del año pasado —dijo Laurel.

Aaron intentó responder, pero Tamani se adelantó:

—Créeme, son nuevos.

Ella empezó a tener arcadas. Seguramente, no quería saber lo que Aaron había estado a punto de decir.

—Sin embargo, habría venido de todos modos —conti-

nuó Tamani—. Incluso antes de que dijeras a Shar lo del faro, Jamison ya quería enviarme a descubrir algo más acerca de la banda de Barnes —dijo—. Su muerte nos dio un pequeño respiro, pero un trol como él seguro que tenía tenientes o comandantes. Creo que no me equivoco si digo que esto es la calma antes de la tormenta.

El miedo se había apoderado de Laurel. Ya se había acostumbrado a vivir sin él y aquel repentino regreso no le gustaba para nada.

—Además, le diste cuatro troles dormidos a Klea y creo que es demasiado optimista creer que simplemente se despertaron, la mataron y continuaron con sus vidas. Lo más seguro es que ella los interrogara y descubriera quién eres, y quizá también descubriera lo de la puerta.

Laurel prestó atención de repente, presa del pánico.

—¿Interrogarlos? Por como hablaba, imaginé que... los mataría. O los diseccionaría. Ni siquiera imaginé...

—No pasa nada —la tranquilizó Tamani—. Dadas las circunstancias, lo hiciste lo mejor que supiste. No eres un centinela. Quizá tienes razón y Klea los mató sin más; intentar interrogar a un trol sería un suicidio para la mayoría de los humanos. Además, tampoco sabemos cuánto sabían los lacayos de Barnes. No obstante, tenemos que prepararnos para lo peor. Si esos cazadores de troles deciden convertirse en cazadores de hadas, podrías correr más peligro que nunca. Jamison quiso que nos adaptáramos a la nueva situación, así que cambió ligeramente los planes.

—Ligeramente —repitió Laurel, que, de repente, estaba agotada. Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. Notó que Tamani la rodeaba con el brazo.

—Aaron —dijo este—, voy a llevarla dentro. Creo que ya hemos terminado, por hoy.

Laurel notó que Tamani la ayudaba a levantarse y se diri-

gió hacia la casa sin despedirse. Caminó deprisa y se soltó de su mano, porque quería poner distancia entre ellos y aprovechar su independencia.

O, al menos, lo que quedaba de ella.

Abrió la puerta de la cocina, la dejó abierta para Tamani, se acercó a la nevera, la abrió y sacó la primera pieza de fruta que encontró.

—¿Te importa si me como otra? —preguntó él—. La nectarina me ha gustado mucho.

Sin decir nada, Laurel le ofreció la que tenía en la mano porque, de repente, descubrió que no tenía apetito.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Tamani, al final.

—No estoy segura —respondió Laurel, que evitó mirarlo a los ojos—. Es que todo es una... locura. —Lo miró—. Quiero decir que... me alegro de que hayas vuelto. De verdad que sí.

—Bien —replicó Tamani, con una sonrisa un poco temblorosa—. Empezaba a dudarlo.

—Pero vienes y me dices que estoy en peligro y, de repente, vuelvo a temer por mi vida. No te ofendas, pero esto eclipsa la felicidad.

—Shar quería enviar a otra persona sin decirte nada, pero supuse que preferirías saberlo. Aunque significara... bueno, todo esto —dijo, señalando con un gesto su alrededor.

Laurel reflexionó sobre aquella información. Algo en su interior insistía en que era mejor así, pero ella no estaba tan segura.

—¿Qué peligro corro, realmente?

—No estamos seguros. —Tamani dudó un instante—. Sabemos que está pasando algo. Yo apenas llevo aquí unos días, pero las cosas que he visto... ¿Estás familiarizada con los sueros de seguimiento?

—Claro. Cambian de color, ¿no? Sirven para demostrar si un rastro es nuevo o antiguo. Todavía no sé fabricarlos...

—No es necesario. Tenemos reservas de sobra, hechas especialmente para seguir a troles y a humanos. Vertí un poco en un rastro fresco y no reaccionó. En absoluto.

—¿Quieres decir que vuestra magia no funciona? —preguntó Laurel con un nudo en la garganta.

—Se ve que no —admitió Tamani.

—No haces que me sienta más segura —replicó ella, intentando inyectar algo de humor con una sonrisa. Sin embargo, el temblor de la voz la traicionó.

—Te pido que no tengas miedo —insistió Tamani—. No necesitamos la magia; sólo nos pone las cosas más fáciles. Estamos patrullando toda la zona. No queremos correr ningún riesgo. —Hizo una pausa—. El problema es que no sabemos a qué nos estamos enfrentando. No sabemos cuántos son, qué quieren... Nada.

—De modo que has venido para decirme que tengo que volver a ir con sumo cuidado constantemente —dijo Laurel, consciente de que debería estar agradecida en lugar de resentida—. Quedarme en casa, no salir después de la puesta de sol y todo eso, ¿no?

—No —respondió Tamani con calma, algo que la sorprendió—. No he venido a decirte nada de eso. No participo en patrullas ni cacerías. Yo sólo me quedo cerca de ti. Tú haz tu vida y yo te mantendré a salvo —dijo mientras apartaba un mechón de pelo de la cara a Laurel—. O moriré en el intento.

Ella se quedó inmóvil porque sabía que era verdad. Tamani malinterpretó aquel gesto como una invitación y se inclinó hacia ella, acariciándole la mejilla.

—Te he echado de menos —le susurró, acariciándole la piel con el aliento. Laurel no pudo evitar suspirar y, a medida que él se iba acercando, ella fue cerrando los ojos.

—Todo sigue igual —se obligó a susurrar cuando lo tenía a escasos centímetros—. Tomé una decisión.

Él dejó la mano inmóvil, pero Laurel notó que las yemas de los dedos le temblaban. Observó cómo tragaba saliva antes de sonreír lánguidamente y apartarse.

—Discúlpame. Me he sobrepasado.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Lo mismo que haces cada día —respondió Tamani, encogiéndose de hombros—. Cuanto menos cambies tu rutina, mejor.

—No me refería a eso —dijo Laurel, mirándolo a los ojos.

Él meneó la cabeza.

—Nada. Quien se tiene que controlar soy yo, no tú.

Ella deslizó la mirada hasta el suelo.

—No, en serio —añadió Tamani, que, de repente, cambió sutilmente y empezó a dejar más distancia entre ellos—. No tienes que buscarme ni ser mi amiga en el instituto. Yo estaré por ahí y estaré bien.

—Bien —repitió Laurel mientras asentía.

—¿Conoces los apartamentos de la calle Harding? —preguntó él en un tono desenfadado.

—¿Los verdes?

—Sí. Vivo en el número siete —dijo, con una sonrisa pícar—. Por si me necesitas.

Se dirigió hacia la puerta principal y Laurel lo observó durante unos segundos antes de caer en la cuenta.

—¡Tamani, espera! —dijo, mientras bajaba del taburete de un salto y corría hacia la puerta—. No salgas de casa sin camiseta. Tengo unos vecinos muy chismosos. —Alargó la mano para agarrarlo del brazo. Él se volvió y, de forma casi instintiva, la agarró de la mano. Miró los dedos de Laurel, pálidos junto a su piel más oscura y, con la mirada, siguió un camino desde las manos y el brazo hasta el hombro y el cuello. Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Cuando volvió a abrirlos, tenía una expresión totalmente neutra.

Sonrió, le apretó la mano, la soltó y dejó que le resbalara por el brazo.

—Por supuesto —dijo—. Saldré por detrás.

Se volvió hacia la cocina, pero se detuvo. Levantó la mano y acarició el collar que le había dado cuando se conocieron: el anillo que Laurel llevaba de bebé, colgado de una cadena de plata. Sonrió.

—Me alegro de que todavía lo lleves.